

ALEXANDRA ROMA



CAPTURÉ  
TU MIRADA  
EN UNA  
FOTOGRAFÍA

zafiro

# Índice

- [Portada](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Para Esther, mi editora, mi hada madrina.  
Gracias por cambiar mi mundo*

## Prólogo

El mundo gira tan deprisa que en ocasiones no somos capaces de seguir su movimiento. A veces necesitamos detener el tiempo y evadirnos de la realidad. Dejar a un lado las rutinas del día a día y alejarnos de la gente que nos rodea para estar con nosotros mismos. Silenciarlo todo y escuchar nuestra propia voz acallada con el ruido. Encontrarnos en pequeñas acciones insignificantes para el resto, pero que a nosotros nos relajan.

Mi padre, por ejemplo, suele realizar labores de albañilería cuando tiene un rato libre. Disfruta colocando un ladrillo encima de otro, pintando paredes desconchadas hasta inundarlas de color o montando los muebles de nuestros conocidos que se han independizado y han acudido a la económica tienda IKEA. Mi madre, por el contrario, se evade de la realidad y encuentra su propia salida a los problemas a través de las películas monótonas y repetitivas de Antena 3 los sábados por la tarde. Se conoce la mayoría, e incluso he llegado a pensar que se sabe los diálogos de memoria, pero eso no supone ningún impedimento para ella. Esas historias trágicas y predecibles la llevan a un lugar oculto en el que recarga la energía necesaria para afrontar las labores domésticas y sus hábitos entre semana.

En mi caso, recorro a la fotografía. No soy una experta ni he expuesto ninguna de las imágenes que he tomado a lo largo de mis años de afición. No me considero una artista bohemia ni tengo intención de elevar esta faceta mía a algo más que un hobby. Me gusta que sea mi secreto. Un momento mágico en el que sólo estamos la cámara, el mundo a través de la lente y yo.

No me centro en retratos o en paisajes. Cuando llevo mi mochila con la Nikon colgada al hombro, cualquier cosa puede ser susceptible de quedar inmortalizada con un clic. A veces, quedo atrapada en movimientos o gestos de animales; otras, dos personas anónimas caminando de la mano captan mi atención. En ocasiones incluso los objetos inertes se vuelven los protagonistas cuando la luz incide en ellos de un modo llamativo, casi mágico. Las grandes ciudades y los paisajes de ensueño no encuentran espacio en el disco duro donde guardo todas esas estampas. Sólo las pequeñas e insignificantes vistas y acciones. De hecho, cuando vuelvo a verlas una vez que llego a casa, puedo deducir mi estado de ánimo por las imágenes que he tomado. No lo hago de una manera consciente pero, si estoy feliz, suelo buscar objetos, espacios y protagonistas coloridos, con movimiento y alegres y, si estoy triste, todo parece más gris y estático. También hay días en los que mi vaso está medio lleno o medio vacío. Ésas son las ocasiones en las que más puedo sorprenderme con lo que mi subconsciente elige fotografiar. Si fuera una artista, serían los momentos idóneos para decir que ha bajado una musa a ayudarme de los cielos bendiciéndome con un enorme talento.

Era uno de esos días. Había terminado mi contrato de becaria en una productora. Durante el tiempo que había estado en la empresa, no todo había sido como lo imaginaba en la realidad idealizada de la profesión que tenía en la cabeza. Una fantasía con la que había soñado muchísimas veces mientras estudiaba, pero la teoría siempre es bastante diferente de la práctica. Mi labor se había reducido a al-

go menos que a la de una secretaria de todos y cada uno de los miembros del equipo. No obstante, yo no era dramática. Bueno, un poquito, pero tendía a quitarle hierro a las cosas. Por este motivo, el mundo no se me había caído encima por la noticia que recibí, ya que a lo largo de mi vida había aprendido que había muchas cosas más serias por las que preocuparse.

Que no me renovasen era una opción. Así estaba el mundo. Daba igual que hubiera trabajado más horas que nadie, asumiendo funciones que no me correspondían y por las que recibía una buena bronca si algo salía mal, mientras tenía que ver cómo otros se llevaban el mérito si todo iba perfecto. Sólo era una persona, y me habían dejado claro que todas éramos prescindibles, que jugaban con nuestras ilusiones para hacernos creer que, si nos esforzábamos, tendríamos una oportunidad, y nos daban una patada en el culo una vez dejaban de poder abusar de nosotros como mano de obra barata, sufriendo en nuestras propias carnes esa mentalidad del empresario de que ante todo había que reducir costes. Ésa era la generación que me había tocado vivir. No conocía otra. Pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor o ir al pub más cercano y pillarme un pedo de colores para contarle al camarero lo injusto que era el mundo no me serviría de nada. Tenía que adaptarme para sobrevivir.

Si había un término que podía definir mi estado de ánimo era *decepción*. Por eso, nada más llegar a mi pequeño piso, en lugar de encerrarme y maldecir el día en que la palabra *crisis* había entrado a formar parte de mi vocabulario habitual, había cogido la Nikon para experimentar qué tipo de fotografías podían salir con ese sentimiento al que no estaba tan habituada.

Había ido en la línea 1 del metro hasta la parada de Buenos Aires y allí había comenzado a andar hasta el parque que yo llamaba «Las Siete Tetas» desde que era una adolescente. Sabía que tenía otro nombre más bonito y



profesional, pero para mí siempre sería el que frecuentaba a los catorce años cuando pasaba todos los sábados por la tarde allí con mis amigas haciendo botellón con un cartón de vino para diez personas.

Las Siete Tetas era un parque cubierto de un césped verde brillante que contrastaba con los tonos marrones de los edificios de alrededor. Estaba compuesto por montañas ovaladas, con una forma similar a la silueta de unos pechos —de ahí su nombre—, con diversos árboles en su periferia que invadían algunas zonas pavimentadas. Había senderos entre las diferentes «tetas», por los que la gente andaba, iba en bicicleta o paseaba a sus mascotas, y áreas infantiles donde los más pequeños disfrutaban de la limitada libertad que ofrecía Madrid.

Mi «teta» favorita era la única en la que había una cafetería y a la que entraba por una zona de columpios en la que siempre, daba igual la época del año que fuera, había niños jugando al fútbol y tenías que pasar con cuidado de que no te diesen con la pelota. El color y el tamaño eran exactamente iguales que en las demás. Entonces ¿por qué me gustaba más que el resto? La respuesta estaba clara. Cuando llegabas al punto más alto de su cima, la inmensidad de Madrid asomaba a tus pies y, por un instante, te sentías la reina del mundo, como si lo estuvieras coronando. Podías ver desde las torres KIO hasta el pirulí, pasando por el Palacio Real. Además, al estar tan alto, las montañas de la sierra asomaban imponentes detrás de la capital, como si la custodiaran. Unas veces, con tonos blancos en su pico, otras teñidas de verde, y algunas con un tono amarillento, según la estación del año.

Me detuve en la parte más alta de la montaña y coloqué mi trípode anclándolo en el suelo. No fue hasta que me asomé al visor cuándo comprobé que no estaba sola en mi «teta», sino que había alguien más: un chico que permanecía sentado con las piernas cruzadas dándome la espalda, ensimismado con un atardecer que teñía el cielo de to-

nos dorados, rosáceos y azules, con las nubes moteando la superficie de blanco.

No quería sacarlo en la foto, pero tampoco tenía más remedio, puesto que no me veía con la suficiente cara dura como para acercarme y pedirle amablemente que se apartara. Al fin y al cabo, él tenía el mismo derecho que yo a estar allí maravillándose con el espectáculo de la naturaleza fusionado con la obra del hombre.

Moví un centímetro la Nikon para que abarcara más césped por la parte inferior, comprobé cómo quedaría la fotografía y asentí satisfecha con el resultado. La imagen era perfecta para ese día y mi estado de ánimo. Pensé que, si la desilusión y la decepción tenían en mí un efecto tan bello, tal vez deberían ser sentimientos que experimentara más a menudo.

Me preparé para presionar el botón y hacer la fotografía y, mientras pulsaba, noté la presencia de alguien a mi lado, siendo vagamente consciente de que el chico que había permanecido como un modelo inmóvil de espaldas a mí se había girado para recibir a esa nueva persona.

No me paré a mirar si se trataba de un chico o de una chica. Me concentré en observar el resultado a través de la pequeña pantalla de la Nikon. Mientras miraba el resultado, no presté atención al chico que se había girado en el preciso instante en que había sonado el clic. Sólo tenía ojos para el paisaje que había fotografiado.

Me marché entonces sin saber que, en ese momento y dentro del encuadre de la imagen, había capturado un instante en la vida de otra persona que lo cambiaría todo.

Llegué a casa pasadas las nueve de la noche y la encontré vacía.

*Estamos paseando por Gran Vía. Tanto ejercicio hará que caigan unas cañas seguro ;D. Si te animas, ¡llámame! Pascual.*

Releí la nota rechazando con la cabeza la invitación. Mis compañeros se habían ido del piso y, por raro que pareciera, tal vez eso era lo que más necesitaba. Silencio y poner las ideas en orden. No me apetecía empezar el bucle de días en el que tendría que contar una y otra vez cómo mi jefa, que nunca llegó a aprenderse mi nombre, había prescindido de mí mediante un escueto y consistente email.

No podemos ampliar tu período de prácticas. Cuando termines la jornada, recoge tus cosas. Rosana.

No quería recordarlo porque me encendía, y si algo tenía era carácter. No hacía falta que enumerara los motivos por los que debería haberme quedado o su falta de consideración al echarme, como si los becarios, por el mero hecho de cobrar una mierda, no nos mereciéramos ni un adiós en condiciones. No, no era productivo ni para mí ni para el rumbo que quería dar a mi vida. Una especie de momento zen para relajarme y no hacer una muñeca con la cara de mi ex jefa para iniciarme en el noble arte del vudú, clavándole agujas en todos los sitios que sabía que estaba rellena de silicona.

Por eso, focalicé toda mi energía negativa en hacer algo de provecho, aunque era consciente de que criticarla hasta que me quedara seca me haría sentirme a gusto. Desde hacía mucho, sabía lo que quería ser, pero nunca había tenido tiempo para dedicarme a ello. Ese día no había excusas ni citas apuntadas en esa agenda que dirigía mi vida.

Imaginación, seguramente ésa sería la palabra por la que todos mis conocidos me definirían si tuvieran la oportunidad. Desde que podía recordar, las historias acudían a mi mente sin previo aviso, y tenía la necesidad de plasmarlas en el papel. Algunos pensaban que estaba un poco chiflada y se me iba la cabeza de vez en cuando. Para mí, era

un don que me servía para entretenerme y evadirme en las tediosas reuniones en las que no tenía ni voz ni voto. Simplemente necesitaba desconectar de la aburrida realidad y, *voilà!*, podía trasladarme a tiempos pasados, ponerle el rostro de amargada de mi jefa a la antagonista y darle su merecido o elegir un muso que estuviera de buen ver y fantasear hasta acalorarme.

Iba a contar una historia. Escribiría el guion de mi primera película con la esperanza de que los protagonistas algún día fueran de carne y hueso y pudiera verlos en la gran pantalla. Sin excusas, poniendo en cada línea de diálogo todo mi esfuerzo. Sería tal y como siempre había soñado y, si no lo lograba, por lo menos me lo pasaría bien durante el proceso y no me tiraría de los pelos si no me llamaban aunque mandara una media de cien currículum diarios.

Segura de mí misma y sin valorar lo complicado que sería cumplir ese sueño, abrí el Word y experimenté por primera vez una sensación: mis dedos no recorrían de manera instintiva las teclas, la sucesión de imágenes no aparecía, era como si la inspiración me hubiera abandonado.

¡No me lo podía creer! No ese día, a esa hora, cuando por fin me había decidido. ¿Quién había firmado las vacaciones de mis musas? Porque, desde luego, yo no había sido. Las necesitaba a mi lado.

Nerviosa, revoloteé por la habitación, puse música para sugestionarme, leí proverbios en internet, me asomé por la ventana a ver qué hacía la gente, encendí la tele... Lo intenté de todos los modos que conocía, pero el resultado seguía siendo una enorme página en blanco.

Pasaron las horas y aumentaron los cafés, pero la situación no mejoraba. Cansada, me dejé caer sobre el teclado del ordenador y me di golpes con la cabeza, inundando el documento de letras al azar y sin sentido alguno.

«¡No puedes rendirte tan pronto, Bianca! ¿Serás cobarde?», me animé.

Mi conciencia decidió intervenir con fuerza, al más puro Pepito Grillo cabreado y con guantes de boxeo. Fue como si me golpeará al grito de «¡Espabila y déjate de dramas!». Levanté la cabeza de repente limpiándome con el dorso de las manos unas lágrimas de impotencia que no sabía cuándo habían empezado a brotar pero que habían conseguido que se me corriera todo el maquillaje. Y entonces lo vi. Tuve que parpadear un par de veces para poder creerlo. Aparté todos los iconos de carpetas e imágenes hasta que sólo quedaba él en el escritorio de mi portátil.

Minutos antes, en mi intento desesperado en busca de la idea perfecta, había descargado todas las fotos de mi Nikon y, al azar, había puesto una del parque que había hecho esa misma tarde, como fondo de pantalla. No me había dado cuenta entonces de que se trataba de aquella en la que el chico se había girado para recibir a la persona que, sin querer, me había movido.

Él y su mirada dirigida a un lado de la imagen. Él y su arrebatadora sonrisa de recibimiento. Él y esos ojos marrones que tenían vida propia y hablaban. No necesité nada más. Los dedos comenzaron a teclear tan rápido que al cabo de un rato llegué a sentir dolor por la violencia con la que estaba golpeando las letras. Era como si no quisiera que se escapara ni una sola línea o palabra de la escena que estaba escribiendo. Mi imaginación voló y me inventé su historia. Y esa imagen sería el incidente desencadenante, el momento en el que mi guion de ficción cobraría sentido y atraparía al espectador. Todo empezaría con él. Mi protagonista desconocido.

Sonreí satisfecha. Iba a triunfar. Sólo tenía que trasladar lo que ese hombre transmitía al papel. Además, contaba con un elemento extra para hacerlo: había atrapado su esencia en una fotografía.

## CAPÍTULO 1

Una tormenta de verano con la que acabé empapada, engancharme la falda de tubo negra en los asientos del andén y desgarrarla por detrás, teniendo que colocarme la chaqueta atada a la cintura para que no se me viera el culote, y perder el metro en mis narices justo cuando alcanzaba el vagón: ésas eran las señales que me indicaban que ese día no iba a ser mejor que los anteriores. Murphy se había convertido en mi mejor amigo y me castigaba con su presencia jornada tras jornada.

Hacía ya meses que había terminado el guion de mi obra maestra (o eso quería creer yo). El título era *En el baúl de los recuerdos*, y se trataba de un drama romántico que tenía como trasfondo el Alzheimer.

Cuando escribí el punto y final de una historia inspirada por la mirada de un desconocido que ahora se me hacía muy familiar, creí que todo estaba hecho. Releí el guion un par de veces durante las correcciones y me convencí de que se trataba de una historia tan especial que las productoras se pelearían por ella.

Estaba tan segura, y tenía el ego tan hinchado, que me dirigí en primer lugar a las productoras con más renombre del panorama español, aquellas cuyos títulos estaban acompañados de los numerosos galardones que habían ga-

nado. Les dejé el manuscrito y no me separé del móvil los días siguientes, convencida de que me llamarían como en las películas americanas y se pelearían por mí. Poco más y aprovecho el tiempo para gastarme los pocos ahorros que me quedaban en algún vestido mono para la premier.

¡Qué ilusa era!

Era tal mi optimismo que incluso dejé de mandar currículum porque, con mi enajenación mental transitoria, lo veía un poco una pérdida de tiempo, dado que tarde o temprano acabaría trabajando en la producción de mi propio guion. No necesitaba abuela...

«Nadie que lo tenga entre las manos lo dejará escapar», me repetía cada noche mientras comprobaba que el buzón de mi email seguía vacío y como mucho me había llegado propaganda, como, por ejemplo, un anuncio de una tienda que vendía unos alargadores de pene que hacían aumentar el tamaño un mínimo de —atención al dato— diez centímetros. Lo primero, ¿es que no revisaban las bases de datos para mandárselo sólo a los hombres? Lo segundo, ¿diez centímetros? ¡Estamos locos! Si a la media española le añadíamos diez centímetros se obtenía algo más similar al miembro viril de un caballo que de un humano. Más que relamerse cuando lo vieran las mujeres, saldrían corriendo para no acabar la noche en el hospital más cercano o ser incapaces de andar al día siguiente.

Las valoraciones se hicieron esperar, pero finalmente llegaron y, la verdad, casi mejor que no lo hubieran hecho nunca y me hubieran permitido vivir unos meses más con el pecho hinchado como si fuera un pavo real en lugar de obligarme a expulsar el aire como si fueran gases.

Las respuestas eran impersonales y se notaba a la lengua que se trataba de una contestación tipo para poder enviar en masa a todos los aspirantes rechazados. Algo tan mecánico como las nuevas aplicaciones para móviles en las que, si alguien no te gusta, sólo tienes que deslizar el dedo